

DOSSIER

*Gilbert Simondon: repercusión y perspectivas*

## DEMARCACIONES

Número 4 / mayo 2016



## Nota introductoria

*En toda nuestra producción intelectual y artística, en todas las ramificaciones de nuestra cultura, probar el fruto del árbol del conocimiento es un proceso irreversible.*

Norbert Wiener, *Invention*

Desde los primeros párrafos de su tesis complementaria a *L'individuation à la lumière des notions de formes et d'information*, titulada: *Du mode d'existence des objets techniques*, Gilbert Simondon aduce un "desequilibrio" al nivel de la cultura con respecto al ámbito de las significaciones técnicas. "La cultura [dice Simondon] está desequilibrada porque reconoce ciertos objetos, como el objeto estético, y le concede derecho de ciudadanía en el mundo de las significaciones, mientras que rechaza otros objetos, y en particular los objetos técnicos, en el mundo sin estructura de lo que no posee significaciones, sino solamente un uso, una función útil"<sup>1</sup>.

Pero en ese mismo enfoque, según Simondon, de esta situación se desprende el reconocimiento de una alienación profunda: el "desconocimiento de la máquina, que no es una alienación causada por la máquina, sino por el no-conocimiento de su naturaleza y de su esencia, por su ausencia del mundo de las significaciones, y por su omisión en la tabla de valores y de los conceptos que forman parte de la cultura"<sup>2</sup>.

Simondon realiza estas consideraciones en 1958, y ni aquellas ni las que vinieron en años sucesivos tuvieron repercusión en la época en que fueron escritas. En el medio francés en primer lugar, la cuestión de la técnica se encontraba zanjada por Marx y Heidegger, y en un marco más general, la filosofía europea ya no podía escindir de las disquisiciones en torno a la "razón instrumental"<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Gilbert Simondon, *Du mode d'existence des objets techniques*, Paris: Aubier, 1989, pp. 10. En español, cf., *El modo de existencia de los objetos técnicos*, traducción de Margarita Martínez y Pablo Rodríguez, Buenos Aires: Prometeo, 2007, p. 32

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 9-10, y 31-32 en la traducción.

<sup>3</sup> Sobre este aspecto hace en efecto hincapié, de entrada, la "Presentación" a un reciente –y a la vez precursor– volumen compilatorio en torno a Simondon, publicado por la editorial argentina Prometeo. Cf., Pablo Rodríguez, Javier Blanco, Diego Parente y Andrés Vaccari (eds.), *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*, Buenos Aires: Prometeo, 2015. Al inicio de dicha "Presentación", leemos en efecto: "A mediados del siglo XX, cuando [Simondon] escribió su obra, la técnica se encontraba bajo sospecha, asociada o asimilada a la racionalidad instrumental, posible culpable del extravío del proyecto ilustrado. Muchos de los principales análisis filosóficos de la época (Heidegger, Ellul, Anders, la escuela de Frankfurt, entre otros) la concebían como amenaza o como peligro; buscaban explicarla en términos humanísticos, supeditarla a alguna categoría tradicionalmente más aceptable como la belleza, el conocimiento o la ética". Por otra parte, no podemos sino celebrar la iniciativa misma de dicho volumen, que a la vez que reúne en torno a la traducción del texto de Simondon "Cultura y técnica" (1965) una cantidad importante de enfoques y autores (algunos de ellos también partícipes del presente dossier, como Andrea Bardin, Jean-Hugues Barthélémy, Vincent Bontems y Bernard Stiegler), da cuenta de algunas tentativas importantes de lectura de Simondon en América Latina. Por otra parte, en relación con la apuesta de dicho compilado, cabe mencionar el trabajo que se ha venido haciendo en Argentina por vía de la revista *Artefacto*, que cuenta con el apoyo de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

Es por ello que en *Du mode...*, en el Capítulo II (“Función reguladora de la cultura en la relación entre el hombre y los objetos técnicos. Problemas actuales”), de la Segunda parte (“El hombre y el objeto técnico”), Simondon reconoce en el enciclopedismo del siglo XVIII un “entusiasmo” respecto a las técnicas: las máquinas, antes de ser unificadas en un solo mecanismo (es lo que se expresa con el *autómata*), son apreciadas por el ensamblaje de sus partes; cada una de ellas es un órgano, un mecanismo dentro de un conjunto. De ahí también que el ensamblaje organizado se halle incluido, a su vez, en un “conjunto técnico”, sólo que no determinado según las especificidades de cada máquina (es decir en virtud de criterios de organización no limitados al uso: criterios de *funcionamiento*, *técnicos* en todo rigor), sino de acuerdo a la funcionalidad respecto a los oficios. Si en efecto una “idea de progreso” es propia de este siglo es porque se trata de “un progreso sentido por el individuo en la fuerza, la rapidez y la precisión de sus gestos”<sup>1</sup>. En esa misma medida, si los oficios determinan el conjunto al nivel de los objetos técnicos, es *el artesano* el que se relaciona con estos en la medida en que “utiliza herramientas o máquinas-herramientas”<sup>2</sup>.

La herramienta permite, en efecto, disminuir la sensación de torpeza, y esa sensación *entusiasma, alienta la euforia*. De hecho, como indica Simondon, si hay angustia, esta “nace de las transformaciones que traen con ellas una ruptura en los ritmos de la vida cotidiana, convirtiendo en inútiles los antiguos gestos habituales”. No obstante, en esa misma medida “se experimenta la impresión de tener gestos más precisos, más hábiles, más rápidos... porque la herramienta prolonga el órgano y es llevada por el gesto”<sup>3</sup>.

Simondon realiza una partición interesante entre “herramienta” e “instrumento”, uno acorde a una acción, el otro acorde a la percepción. “El siglo XVIII [dice Simondon] fue el gran momento del desarrollo de herramientas e instrumentos, si se entiende por *herramienta* al objeto técnico que permite prolongar y armar el cuerpo para cumplir un gesto, y por *instrumento* al objeto técnico que permite prolongar y adaptar el cuerpo para obtener una mejor percepción; el instrumento es herramienta de percepción”<sup>4</sup>.

Sin embargo, esta situación va a variar radicalmente en el paso de este siglo al siguiente, según Simondon, “con el nacimiento de individuos técnicos completos”, y esto ocurrirá no cuando dichos individuos reemplacen lo que otrora hacían animales, sino cuando ya no sea el viviente humano el foco donde la percepción se afina en la misma medida en que el oficio se vuelve más eficiente, por la vía de los instrumentos que se hacen herramientas para la propia percepción.

---

Constituye esta sin duda una superficie de recepción importante para la obra de Simondon y más en general, de un renovado tratamiento de las cuestiones de la técnica y la tecnología, de la cual dan cuenta también los hasta ahora dos coloquios internacionales en torno a Simondon realizados en Buenos Aires y organizados, entre otros, por Pablo Rodríguez. Agradezco a Iván Pinto por facilitarme algunos números de la revista *Artefacto*, que hasta entonces desconocía.

<sup>1</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 116, y 134 de la traducción.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 113, y 131 de la traducción.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 114, y 132 de la traducción.

<sup>4</sup> *Ibíd.*

La frustración del hombre comienza con la máquina que reemplaza al hombre, con las tejedoras automáticas, con las prensas para fraguar, con el equipamiento de las nuevas fábricas; son las máquinas que el obrero rompe en los motines, porque son sus rivales, no ya motores sino portadoras de herramientas; el progreso del siglo XVIII deja intacto al individuo humano porque el individuo humano seguía siendo un individuo técnico, en medio de esas herramientas en las cuales era centro y portador. No es esencialmente por la dimensión que la fábrica se distingue del taller del artesano, son por el cambio de la relación entre el objeto técnico y el ser humano: la fábrica es un conjunto técnico que involucra máquinas automáticas cuya actividad es paralela a la actividad humana: la fábrica utiliza verdaderos individuos técnicos mientras que, en el taller, es el hombre el que presta su individualidad al cumplimiento de las acciones técnicas<sup>1</sup>.

En este sentido, si como ya indicábamos, la idea de progreso en el siglo XVIII podía ser *experiencia* del individuo: fuerza, rapidez, precisión de su motricidad, sensación de aminoramiento de la torpeza –podía, en fin, ser algo *del orden perceptivo* y medible perceptivamente– el progreso del siglo XIX escapa a todo ello, pues “no está centrado [en el individuo] como centro de dirección y percepción”, convirtiéndose éste “en el espectador de los resultados del funcionamiento de las máquinas”<sup>2</sup>

Lo que está diciendo Simondon literalmente es que a partir de un cierto momento ya no se puede intuir el progreso, y esto porque el modelo perceptivo es cinestésico (unidad entre κίνησις y αἴσθησις).

El progreso es pensado entonces de manera cósmica, en el nivel de los resultados de conjunto. Es pensado en forma abstracta, intelectualmente, de manera doctrinal. Ya no son los artesanos sino los matemáticos los que piensan el progreso, concebido como una toma de posesión de la naturaleza por parte del hombre. La idea de progreso sostiene el tecnocratismo, con el grupo de los saintsimonianos. Una idea de progreso pensada y querida, sustituye a la noción de progreso como algo experimentado. El hombre que piensa el progreso no es el mismo que trabaja, salvo en algunos casos bastante raros, como el de los imprenteros y litógrafos, que siguieron siendo ampliamente artesanos. Incluso en estos casos, el advenimiento de la máquina se traduce, en quienes pensaron profundamente su naturaleza, en una aspiración a la transformación de las estructuras sociales<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Ibíd.* pp. 115-116, y 133-134 en la traducción.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 116, y 134 en la traducción.

<sup>3</sup> *Ibíd.* De otra parte, un autor que ha sido muy sensible a esta clase de enfoque, que implica pensar la significación de la alianza entre una visión cósmica del progreso y la transformación social –y no sólo por su interés en Auguste Blanqui– es Walter Benjamin, en *El libro de los pasajes*. A modo de ejemplo, un fragmento del convoluto U (“Saint-Simon, Ferrocarriles”): “Sobre la idea de progreso en Saint-Simon (politeísmo, monoteísmo, conocimiento de las diversas leyes naturales, conocimiento de la ley natural única) <:> ‘La gravedad ha de desempeñar el papel de la idea general absoluta, sustituyendo la idea de Dios’. *Obras escogidas*, II, p. 219, cit. por V. Volgin, *Sobre el lugar histórico de Saint-Simon*”. Cf., W. Benjamin, *El libro de los pasajes*, Madrid: Akal, 2005, p. 596.

En ese orden, el noviazgo entre tecnicidad y trabajo del siglo XVIII, en el siglo XIX se divide, siguiendo a Simondon, entre una *idea de progreso* (que se expresa a nivel doctrinal) y “la experimentación (*épreuve*) de los ritmos internos del trabajo debidos a ese mismo progreso”<sup>1</sup>. Son los *resultados* del progreso los que acreditan su asimilación: no es la experiencia del trabajador –dice Simondon– sino la del “ingeniero...el hombre de la máquina”, aquél que *organiza* a ambos. Dicho de otro modo, no son ya las *operaciones* en juego las que hacen el progreso, sino la *ὑποτύπωσις* de los resultados. *Angustiante y arriesgada* “marcha general de la humanidad”. “Hay en ese progreso [dice Simondon recordando el *môtus* de los poetas del siglo XIX] algo de inmensa aventura colectiva, también de viaje e incluso de migración hacia otro mundo. Este progreso tiene algo de triunfante y de crepuscular a la vez”<sup>2</sup>.

Es en este punto que Simondon se referirá al problema de la “alienación”, distanciándose de la carga conceptual “marxiana” en que dicha cuestión tradicionalmente se ha enmarcado. A lo que apunta Simondon es abrir el terreno de la “auto-regulación” de los objetos técnicos, problema de la “coherencia interna de funcionamiento” de éstos, apuntado a su *individualización*, lo cual explica que Simondon hable más precisamente de “individuos técnicos”, es decir, del “objeto técnico individualizado”. Como indica Simondon,

la llegada de la nueva oleada técnica al nivel de los individuos, se caracterizaba por la ambivalencia del progreso, por la doble situación del hombre en relación con la máquina, y por la producción de alienación. Esta alienación, cuya fuente el marxismo encuentra en la relación del trabajador con los medios de producción, no proviene solamente, de una relación de propiedad o no propiedad entre el trabajador y los instrumentos de trabajo. Bajo esta relación jurídica y económica existe otra todavía más profunda y esencial, la de la continuidad entre el individuo humano y el individuo técnico, o de la discontinuidad entre ambos seres. La alienación no aparece solamente porque el individuo humano que trabaja ya no es, en el siglo XIX, propietario de sus medios de producción, mientras que en el siglo XVIII el artesano era propietario de sus instrumentos de producción y de sus herramientas. La alienación aparece en el momento en que el trabajador ya no es propietario de sus medios de producción, pero no aparece solamente a causa de esa ruptura con el vínculo de propiedad... La alienación del hombre en relación con la máquina no tiene solamente un sentido económico-social; tiene también un sentido psico-fisiológico; la máquina ya no prolonga el esquema corporal, ni para los obreros ni para quienes las poseen<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 117, y 135 en la traducción.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 117-118, y 135-136 en la traducción. A propósito del problema de la alienación entre Marx y Simondon, véase el muy detallado análisis de Andrea Bardin y Fabio Raimondi en el texto: “Del hombre a la materia: por una ‘ontología difícil’. Marx con Simondon”, incluido en este dossier.

Pero tal como indicará Simondon algunas páginas más adelante, “[l]a máquina es un gesto humano depositado... Perpetúa en una actividad determinada la operación humana que [a] ha constituido”<sup>1</sup>. En ese sentido, bajo un enfoque *previo* a esta dimensión auto-regulativa respecto a la máquina (que según Simondon también sería el enfoque de Marx), la alienación va de lado a lado: del lado *de la propiedad* y del lado *de la no-propiedad*, por lo cual este es un problema que no se podría resolver desde la perspectiva de “una dialéctica del amo y el esclavo”. “Por una parte y por otra de la máquina [agrega Simondon], por encima y por debajo, el hombre de los elementos que es el obrero, y el hombre de los conjuntos que es el patrón industrial, fallan en la relación verdadera al objeto técnico individualizado bajo la forma de la máquina”<sup>2</sup>.

Lo que aquí está en juego de hecho son dos modos de intelección: la del trabajo, que corresponde a los elementos, y la de los conjuntos, que corresponde al capital. Pero ni de su combinación ni de su oposición, entiende Simondon, “se puede hacer la inteligencia del ser *intemediario y no mixto* que es el individuo técnico”<sup>3</sup>, pues esta división también es la que reparte entre el trabajo (del orden de los elementos) y la acción (del orden de los conjuntos). Sin embargo, como muestra Simondon, ambos aspectos “tienen en común el predominio de la finalidad sobre la causalidad; en ambos casos, el esfuerzo se orienta hacia un cierto resultado a obtener; el empleo de los medios está en situación de minoría en relación con el resultado: el esquema de acción cuenta menos que el resultado de la acción”<sup>4</sup>.

En este sentido, Simondon es claro en presentar que la coherencia de funcionamiento del individuo técnico desarma ese esquema donde no existe un equilibrio entre causalidad y finalidad. De hecho, si “al nivel de las regulaciones” lo que hay es “funcionamiento”, entonces causalidad y finalidad no son lo único que hay. Como muestra Simondon –y esto es lo que da el paso más allá del siglo XIX hacia el problema de la *información*– “[e]n el individuo técnico... este desequilibrio entre causalidad y finalidad desaparece; la máquina está, exteriormente, *hecha para* obtener un cierto resultado; pero cuanto más se individualiza el objeto técnico, más se borra esta finalidad externa en beneficio de la coherencia interna de funcionamiento, el funcionamiento está finalizado en relación a sí mismo antes de estarlo en relación con el mundo exterior”<sup>5</sup>.

Ahora bien, intentando *situar* el alcance de estos problemas por respecto a su recepción latinoamericana, no es de sorprender que el diagnóstico de Simondon a propósito del desequilibrio en relación con los objetos técnicos también resulte valedero<sup>6</sup>. Ejemplar en este

<sup>1</sup> *Ibíd.*, p. 138, y 155 de la traducción. Esto será abordado por Simondon desde el punto de vista de la información, vale decir, “del estudio profundizado de las regulaciones”.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 118, y 136 en la traducción.

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 119, y 137 en la traducción.

<sup>5</sup> *Ibíd.*

<sup>6</sup> Para una lectura acerca de la repercusión del pensamiento de Simondon y particularmente del concepto de “transindividualidad” en Latinoamérica, véase en este mismo dossier el texto de Pablo Rodríguez: “La transindividualidad de Simondon: la coyuntura latinoamericana entre la política, la técnica y la afectividad”. Así también, para una *explicitación* de lo que aquél escrito desarrolla como *marco*, véase el texto de Natalia Romé: “Atravesar la soledad o el pensamiento transindividual del filósofo comunista”, también aquí incluido. Por nuestra parte, en lo que concierne a la presente Nota, nos importa empezar a atisbar algunos motivos por los

sentido es el muy popular libro de Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina* (1971), donde un cuestionamiento a la técnica y la tecnología y su expresión en dinámicas de industrialización centralizadas, es calibrado como un dominio neutral y asunto de *propietarios*<sup>1</sup>. Libro en que se condensan varias décadas de pensamiento político en el continente y que lleva inscrito en su programa una cierta desazón frente a la máquina: “Hasta la industrialización, dependiente y tardía [dice Galeano], que cómodamente coexiste con el latifundio y las estructuras de la desigualdad, contribuye a sembrar la desocupación en vez de ayudar a resolverla... Nuestras fábricas se instalan en los polos privilegiados de desarrollo –São Paulo, Buenos Aires, ciudad de México– pero menos mano de obra se necesita cada vez. *El sistema no ha previsto esta pequeña molestia: lo que sobra es gente... Cada vez queda más gente a la vera del camino, sin trabajo en el campo, donde el latifundio reina con sus gigantescos eriales, y sin trabajo en la ciudad, donde reinan las máquinas*”<sup>2</sup>.

No es este un tema menor para Galeano, y se expone como *falta de invención tecnológica* y desvinculación con el medio geográfico de la que se suministra desde el exterior<sup>3</sup>. Aunque Galeano no lo explicita de este modo, la apelación a la invención tecnológica tendría que conducir de suyo a una liberación de la máquina de su derivación como mero instrumento o dispositivo neutral, cuestión que, como muestra Simondon por ejemplo en *Du mode...*, admite una comprensión del objeto técnico como *prolongación* y *amplificación* de la vida humana. Lo inquiere Galeano del modo siguiente: “La burguesía latinoamericana, burguesía de mercaderes sin sentido creador, atada por el cordón umbilical al poder de la tierra, se hinca ante los altares de la diosa Tecnología. *Si se tomaran en cuenta, como una prueba de desnacionalización, las acciones en poder extranjero, aunque sean pocas, y la dependencia tecnológica, que muy rara vez es poca, ¿cuántas fábricas*

---

cuales la problemática de la *tecnicidad* en el alcance que intenta pensarla Simondon, *tradicionalmente* resulta también, en su propia especificidad, *muy difícil de recibir* en Latinoamérica.

<sup>1</sup> La relación entre técnica y neutralidad es, podría decirse, una constante más o menos reiterativa en teorizaciones de índole diversa. Véase por ejemplo la conferencia de Carl Schmitt: “La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones” (1929). “...pues la doctrina del Estado neutral del siglo XIX [dice allí Schmitt] se da en el marco de una tendencia general a un neutralismo espiritual que es característico de la historia europea de los últimos siglos. Creo que es aquí donde se encuentra la explicación histórica de lo que se ha calificado como era de la técnica”. Cf. Carl Schmitt, *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 1987, p. 115. Así por ejemplo, Cornelius Castoriadis en un texto titulado “Technique” (recogido en *Les carrefours du labyrinthe*, 1978), muestra en un apartado titulado “La ‘neutralidad, de la técnica”, lo alejado que se encuentra de un enfoque como el de Simondon. Señala allí Castoriadis: “Lo que es libertad para usar tal o cual instrumento tomados aisladamente, desaparece totalmente en cuanto nos referimos al conjunto de las técnicas de que ‘dispone’ una sociedad o época dada, pero que igualmente ‘disponen’ de ella. Se puede elegir, hoy, entre central térmica, hidráulica o nuclear, preferir tal emplazamiento a tal otro. Pero no hay ninguna elección en cuanto al conjunto de las técnicas utilizadas, las que pertenecerían de todos modos al tipo específico que define el espectro tecnológico de nuestra época; ellas conllevan en efecto métodos específicos, y un tipo específico de relación con un tipo específico de saber, así como portadores humanos especializados”. Cf. C. Castoriadis, *Les carrefours du labyrinthe*, Paris: Seuil, 1978, p. 306. Hay que decir –como mostrábamos más arriba– que el problema de los conjuntos técnicos es abordado de modo muy diferente por Simondon. Para Castoriadis el objeto técnico parece depender todavía de su finalidad (de ahí que se puedan parcelar saberes específicos de acuerdo a técnicas diversas), y entonces pone la *elección* de una técnica u otra como algo que no corresponde al nivel auto-regulativo y de individualización del objeto técnico, vale decir, no de acuerdo al “esquema de acción” sino de su “resultado”.

<sup>2</sup> Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, La Habana: Casa de las Américas, 1971, pp. 18-19.

<sup>3</sup> A propósito de dicha desvinculación señala Galeano: “Pero las fábricas ‘argentinas’, ‘brasileñas’ o ‘mexicanas’, por no citar más que las más importantes, *también integran un espacio económico que nada tiene que ver con su localización geográfica*”. *Ibíd.*, p. 427.

*podrían ser consideradas realmente nacionales en América Latina?* En México, por ejemplo, es frecuente que los propietarios extranjeros de la tecnología *exijan una parte del paquete accionario de las empresas, además de los decisivos controles técnicos y administrativos de la obligación de vender la producción a determinados intermediarios también extranjeros, y de importar la maquinaria y otros bienes desde sus casas matrices, a cambio de los contratos de transmisión de patentes o 'know how'*"<sup>1</sup>. Y agrega un poco más adelante, ahora incluyendo el problema de la investigación científica: "A Bacon le gustaba decir: 'El conocimiento es poder', y desde entonces se supo que no le faltaba razón. La ciencia universal poco tiene de universal; está objetivamente confinada tras los límites de las naciones avanzadas. América Latina no aplica en su propio beneficio los resultados de la investigación científica, *por la sencilla razón de que no tiene ninguna, y en consecuencia se condena a padecer la tecnología de los poderosos, que castiga y desplaza a las materias primas naturales, pero no es capaz de crear una tecnología propia para sustentar y defender su propio desarrollo*"<sup>2</sup>.

Pero es por estos mismos motivos que sería tremendamente equívoco creer que al ponderar el estatuto del objeto técnico, Simondon se convierte en aval de aquello mismo que un enfoque como el de Galeano pretende conmovir, empezando por la subordinación industrial y el acceso satelizado a los procesos de producción, y más aún cuando se trata de una sujeción que se encuentra montada sobre el "trasplante" tecnológico. "El mero trasplante de la tecnología de los países adelantados [agrega Galeano] no sólo implica la subordinación cultural y, en definitiva, también la subordinación económica, sino que, además, después de cuatro siglos y medio de experiencia en la multiplicación de los oasis de modernismo importado en medio de los desiertos del atraso y de la ignorancia, bien puede afirmarse que tampoco resuelve ninguno de los problemas del subdesarrollo"<sup>3</sup>. En ese sentido, aunque no desbarate la determinación finalista de la máquina, Galeano parece apelar a no dejar de lado la cuestión de la liberación del objeto técnico cuando se trata de una *crítica al sojuzgamiento* a nivel continental. Aunque, por cierto, si podemos decir, con Simondon, que "[l]a cultura se comporta con el objeto técnico como el hombre con el extranjero cuando se deja llevar por la xenofobia primitiva"<sup>4</sup>, habría que tener en cuenta que ningún gesto que apunte en otra dirección podría

<sup>1</sup> *Ibíd.*, p. 430.

<sup>2</sup> *Ibíd.* p. 431. Para Galeano en efecto, el problema de la invención técnica es un problema político y jurídico de primer orden: de ahí cierto énfasis en la cuestión de las patentes que se encuentra en su libro. A propósito de la importancia de esto, señala por ejemplo Norbert Wiener en *Invention* (redactado en 1954, publicado en 1993): "La manera primitiva que tenía un inventor de explotar una invención en exclusiva era hacerlo en secreto o vender dicho secreto a algún comprador. La patente surgió en principio para combatir ese secretismo. El inventor, que en origen era un artesano, consentía en revelar su invención públicamente para el progreso futuro de su oficio a cambio de un monopolio temporal y limitado, garantizado por el gobierno y transferible a un posible comprador... Con el advenimiento del laboratorio industrial, el inventor independiente o adscrito a un taller fue en gran medida suplantado por el inventor empleado, a menudo con un salario elevado, pero obligado a ceder cualquier invención a su patrón a cambio de una suma nominal. De este modo el peso de la patente se trasladó del inventor al patrón... La ley relativa a las invenciones debería tener un conocimiento real de lo que es el oficio de la invención y de la génesis de las invenciones. Ciertamente, en un mundo tan dependiente de la continuidad del proceso de invención como el nuestro, uno podría esperar que el estudio de las circunstancias en que tiene lugar la invención fuera uno de los principales intereses del hombre moderno". Cf., N. Wiener, *Inventar. Sobre la gestación y el cultivo de las ideas*, Barcelona: Tusquets, 1995, pp. 161-162.

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 9, y 31 en la traducción.

hacerse recortando un ámbito de “significaciones técnicas” de un medio de inserción. Es lo que nos parece explicitar Armand Mattelart en un escrito contemporáneo al de Galeano. En efecto, no demasiado lejos de los posicionamientos de éste, Mattelart en el libro coescrito con Patricio Biedma y Santiago Funes: *Comunicación masiva y revolución socialista* (1971), aunque sumamente atento a las modificaciones tecnológicas, no deja de ver en ellas la acometida de un mecanismo de “dominación social”, un instrumental al servicio de la usura y del control de los medios productivos por parte de una clase dominante, proponiendo como alternativa un cambio de dirección *en el uso* de las tecnologías y de los amplificadores de frecuencia al nivel de la información, *pero no una apertura de la máquina*. Aunque los reparos de Mattelart, antes que fundarse en una *hostilidad* hacia la máquina como des-humanizante, se siguen de una teoría de la ideología que ve en el “tecnocratismo” su ocaso<sup>1</sup>.

En efecto, para Mattelart, al igual que en el caso de Galeano –aunque ahora explícitamente formulado–, el gran peligro del objeto técnico sería la condición de su “neutralidad” en tanto que herramienta. Y aunque el sociólogo aprecie con claridad que no hay tal neutralidad –cierta “apoliticidad” que vendría de suyo– dada la inserción de dicho objeto en un medio, sus análisis no alcanzan a vislumbrar que, como muestra Simondon en *Du mode...*, “[e]l objeto técnico está en el punto de encuentro de dos medios, y se debe integrar a los dos medios a la vez”<sup>2</sup>, el “medio técnico” y el “medio geográfico” y que, por lo tanto, “[c]omo una bóveda en arquitectura que no es estable sino cuando está terminada, este objeto que cumple una función de relación sólo se mantiene, sólo es coherente, después de que existe y porque existe; crea por sí mismo su medio asociado realmente individualizado en él”<sup>3</sup>.

No obstante, para Mattelart, la cuestión pasa siempre por el tecnocratismo, el control de los medios y el relevo de los usos por desgaste ideológico: “El núcleo de la ideología tecnocrática [dice Mattelart] consiste en celebrar la neutralidad de un proyecto político por intermedio de la neutralidad del instrumento con que realiza su sociedad: la tecnología... La mistificación de la tecnocracia reside en el hecho de querer hacer admitir que este objeto agota su sentido y saca todo su significado de su función instrumental aparente. Si la mistificación puede subsistir y aparecer como la expresión de la racionalidad de la tecnología es porque no está cuestionada la validez de una definición exclusivamente instrumental del objeto. De ponerse en tela de juicio, se comprobaría que dicho instrumento no puede ser aprehendido sin

---

<sup>1</sup> Como señala Mattelart en este libro, “[e]l *modus operandi* que tipifica el proceso ideológico es, en última instancia, hacer olvidar o silenciar esas verdaderas fuerzas motrices o, en otros términos, hacer perder de vista los orígenes del *orden social existente*, de tal manera que los individuos puedan vivirlo como un orden natural”. O un poco más adelante: “Afirmar que la ideología como sistema de representaciones es indiscernible de la experiencia vivida de los individuos, es decir, que penetra en sus costumbres, sus gustos, sus reflejos; significa también que, para la gran mayoría, esta experiencia es vivida sin que los fundamentos de estas representaciones afloren al nivel de la conciencia”. Cf., Armand Mattelart, Biedman, P., Funes, S., *Comunicación masiva y revolución socialista*, Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971, pp. 27 y 30. Mattelart a este respecto se sirve en varias ocasiones de Althusser en *Pour Marx*, para apuntar que la ideología no es vivida por los individuos “como una forma de conciencia sino como un objeto de su mundo mismo” (p. 31), o para hablar del “teatro sin autor” de la dominación social (p. 33). Cuestiones todas que redundan en el enfoque de Mattelart sobre la máquina y los dispositivos tecnológicos.

<sup>2</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 52, y 73 en la traducción.

<sup>3</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 56, y p. 77 en la traducción.

su inserción en un sistema que operacionaliza, no pudiéndose confundir con el sistema mismo”<sup>1</sup>. Y todo esto considerando que Simondon, por cierto que de una manera muy diferente, se ha referido a una “mentalidad técnica”<sup>2</sup>.

En su fondo, el enfoque de Mattelart abriría la chance para una comprensión del objeto técnico más allá de su reducción instrumentalista, en la medida en que está radicalmente preocupado por las implicancias del *medio de inserción*. Galeano, a su vez, la habilitaría al tener la mirada puesta sobre *la invención*, que supondría un cambio estructural de dimensiones inusitadas a nivel axiológico, pedagógico y político-jurídico. En la mixtura de ambos aspectos, y aunque en las teorías en que son planteados no alcanzan una comprensión de las realidades técnicas, podríamos decir que nos aproximamos –de una manera si bien es cierto exploratoria– al propósito de Simondon<sup>3</sup>.

Ahora bien, cuando un poco más arriba hemos hecho alusión a una “apertura de la máquina” no ha sido sin tener en cuenta a Simondon, pues es de hecho con la idea de una “máquina abierta” o de un “objeto técnico abierto” que va a responder al desequilibrio y la alienación al que conduciría el sojuzgamiento de la máquina al paradigma del trabajo humano y al dominio de la naturaleza.

El alcance de esta noción es desarrollado por Simondon desde el comienzo de *Du mode...*:

---

<sup>1</sup> Mattelart et alia, p. 39. Sobre el trasfondo de lo que este problema plantea, véase el texto de Bernard Stiegler, “Caida y elevación. La apolítica de Simondon”, incluido en este dossier.

<sup>2</sup> A este respecto, véase el texto de Simondon titulado justamente: *La mentalidad técnica*, incluido en el presente dossier.

<sup>3</sup> Digamos como corolario a estas disquisiciones, que en el texto de 1965, titulado “Culture et technique” (ya mencionado al comienzo a propósito del volumen *Amar a las máquinas. Cultura y técnica en Gilbert Simondon*), Simondon observa que el “conflicto” provocado por la irrupción de la industria en medios culturales pre-industriales es más preciso sea concebido como un antagonismo entre dos modos de concebir la técnica que como dominio de la técnica sobre un orden congénito: “... se puede pensar que el conflicto entre cultura y técnica [dice Simondon] es ante todo una cuestión de escala: mientras las técnicas siguieron siendo pre-industriales, el orden de magnitud de las transformaciones que provocaban seguía siendo intra-cultural. Cada grupo humano tenía sus instituciones, sus costumbres, su lenguaje, su escritura, sus técnicas, transmitidas y enseñadas de manera intra-cultural, como una herencia. Cada pueblo sacaba el agua a su manera, haciendo los arados según un estilo definido; y los resultados eran prácticamente equivalentes, lo que hace que las técnicas fuesen intraculturales y estacionarias. Al contrario, el desarrollo de las técnicas desborda en estos momentos el marco de los grupos humanos con culturas diferentes, y las modificaciones que resultan en el medio común afectan a ciertos grupos a la manera de consecuencias sin premisas. Son generalmente los pequeños grupos quienes se rebelan en nombre de la cultura contra las técnicas; pues las técnicas son, de hecho, la expresión de la actividad de grupos más poderosos, ejerciendo sobre el medio común una influencia a mayor escala, según esquemas de inteligibilidad sin parangón en los pequeños grupos. Este conflicto no es entre cultura y técnica, sino entre dos técnicas, entre un estado de las técnicas intra-grupales, por ende, intra-cultural, y un estado que supera la dimensión de un grupo, por ende, toda dimensión cultural posible, toda vez que entendamos por cultura el conjunto de las técnicas del manejo (*maniement*) humano directo, que cada grupo humano empela para perpetuarse en la estabilidad. El fenómeno de base que explica la oposición entre cultura y técnica es el franqueamiento técnico del orden intra-grupal de magnitud, franqueamiento que ha comenzado a producirse a partir de la primera revolución industrial”. Cf., Simondon, *Sur la technique (1953-1983)*, Paris: PUF, 2014, p. 318. Es texto ha sido traducido en el volumen *Amar las máquinas*, ya mencionado. Por otra parte, enfatizando el problema de *escalas* en juego, este pasaje es citado por Vincent Bontems en el texto: “Algunos elementos para una epistemología de las relaciones de escala en Gilbert Simondon”, incluido en este dossier.

...el automatismo es un grado bastante bajo de perfección técnica. Para convertir a una máquina en automática, es preciso sacrificar muchas posibilidades de funcionamiento y muchos usos posibles. El automatismo, y su utilización bajo la forma de organización industrial denominada *automation*, posee una significación económica o social, más que una significación técnica. El verdadero perfeccionamiento de las máquinas, aquél del cual se puede decir que eleva el grado de tecnicidad, corresponde no a un acrecentamiento del automatismo sino, por el contrario, al hecho de que el funcionamiento de una máquina preserve un cierto margen de indeterminación. Es este margen lo que permite a la máquina ser sensible a una información exterior. A través de esa sensibilidad de las máquinas a la información se puede consumir un conjunto técnico, y no por un aumento del automatismo. Una máquina puramente automática, completamente cerrada sobre ella misma en un funcionamiento predeterminado, solamente podría ofrecer resultados sumarios. La máquina que está dotada de una alta tecnicidad es una máquina abierta...<sup>1</sup>.

Margen de indeterminación y sensibilidad a la información. Para que una máquina funcione, ha de haber una amplitud de *exigencias del conjunto* en el que opera. No se trata de un mecanismo *cerrado*, en el sentido de un aparato que pudiese funcionar repitiendo el mismo gesto condicionado al mecanismo "interno" como si se tratase de conservar unidades formales (que es el caso de las unidades perceptivas a escala humana). De hecho, la memoria de la máquina se podría pensar, según Simondon, bajo la particularidad de que "carece absolutamente de estructura"<sup>2</sup>. En una cinta magnética por ejemplo, los registros sonoros que no poseen continuidad formal no se inscriben mejor que los ruidos discontinuos: "el orden no existe para esta conservación de registros a través de la máquina, que no tiene la facultad de seleccionar formas"<sup>3</sup>. Lo mismo ocurre en el registro de imágenes. En la máquina es *el soporte* lo que podría llamarse "plástico" y no aquello que se registra, no así en la memoria humana, que es esquematizante respecto de los contenidos. Cuestión extensiva a todo lo viviente: un contenido se codifica, mientras que en la máquina no hay un vínculo necesario entre contenido y código. No hay memoria previa que se adose al registro que se imprime en la cinta: es

<sup>1</sup> Simondon, *Du mode...*, p. 11, y p. 33 en la traducción.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 120, y p. 138 en la traducción.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 121, y pp. 138-139 en la traducción. Esto también sería extensivo a la generación de frecuencias por mezcla de señales en dispositivos no lineales (diodo, transistor, válvulas de vacío). Se trata del principio de heterodinación, que se utiliza en receptores y transmisores diversos: radio, televisión, descodificadores de señal, redes de telecomunicaciones, etc. Así por ejemplo, el primer instrumento de música electrónica –el theremin– acoge este principio para transformar una señal eléctrica en sonido. Este instrumento tiene la particularidad de que no existen referencias en el espacio que permitan saber dónde se encuentra cada nota, de tal manera que puede decirse que el dispositivo genera tonalidades de acuerdo a un criterio de *posición relativa*. Esto se aprecia con claridad por el modo en que el instrumento debe tocarse, que se da al nivel del campo electromagnético prescindiendo del contacto físico. La invención del theremin a fines de la primera década del siglo XX, posibilitó la invención de los primeros sintetizadores modulares controlados a través de voltaje a comienzos de los años 60, como los sintetizadores MOOG. En estos últimos se ha pasado desde la válvula de vacío al transistor como dispositivo de amplificación y rectificación de voltaje.

“fijación de elementos sin un orden”<sup>1</sup>. “Sería preciso [a la memoria humana] un tiempo muy largo para aprender la posición relativa de cincuenta fichas de colores y de formas diferentes volcadas sin orden sobre una mesa; una vista fotográfica incluso débil vale más que un testimonio humano cuando se trata de afirmar la posición relativa de objetos diversos en el espacio. La memoria de la máquina triunfa en lo múltiple y en el desorden; la memoria humana triunfa en la unidad de las formas y en el orden”<sup>2</sup>. En efecto, como se podría ver desde Bergson, esta última “recubre con un manto de recuerdos un fondo de percepción inmediata y... también contrae una multiplicidad de momentos”<sup>3</sup>, cuestión que Simondon parece tener de fondo cuando se refiere a un *recubrimiento* y a un *agrupamiento* de contenidos, es decir a aquella *codificación* que no cabría atribuir a la memoria de la máquina, para la cual la “conservación de detalles” prevalece sobre unos contenidos *vivididos*, que precisamente recubriéndose y agrupándose se pueden decir integrados a una “experiencia”.

Ahora bien, según Simondon, “[e]l acoplamiento (*couplage*) del hombre a la máquina comienza a existir a partir del momento en que se puede descubrir una codificación común a las dos memorias, a fin de que se pueda realizar una convertibilidad parcial de una en la otra, para que una sinergia sea posible”<sup>4</sup> (*vale decir*, una acción conjunta que se agregaría a los efectos de cada memoria tomadas independientemente). Pero acoplamiento entonces a partir de lo que se descubre como “común” entre lo formal y lo carente de forma. Esto nos lleva *no* hacia la *plasticidad* en el sentido de Catherine Malabou<sup>5</sup>, sino hacia aquello que se encontraría “a mitad de camino entre el azar puro y la regularidad absoluta”<sup>6</sup>: la información<sup>7</sup>.

<sup>1</sup> Ibid., p. 120, y 140 en la traducción.

<sup>2</sup> Ibid. A propósito, piénsese que esto mismo es lo que lo que ocurre por ejemplo con los traductores “en línea”, cuya sintaxis es deforme.

<sup>3</sup> Henri Bergson, *Matière et mémoire*, Paris: PUF, 1999, p. 31.

<sup>4</sup> Ibid., p. 124, y 141 en la traducción. En efecto, como señalará Simondon: “...el técnico es el hombre de la operación en curso de cumplirse; él asume no la dirección sino la auto-regulación del conjunto en funcionamiento”. Cf. *ibid.*, p. 126, y 143 en la traducción.

<sup>5</sup> *Plasticidad* entendida como lo que reúne el doble movimiento *contradictorio* de aquello susceptible tanto de adquirir forma como de perderla (reinterpretación del principio dialéctico –hegeliano– de la identidad de la identidad y la diferencia, de la noción de “huella originaria” de J. Derrida, etc.), que Malabou ha puesto a trabajar desde su libro *L’avenir de Hegel: plasticité, temporalité, dialectique* (1996).

<sup>6</sup> Ibid., p. 137, y 154 en la traducción.

<sup>7</sup> Atendiendo a la importancia que tiene esta noción en la ontología simondoniana (*vale decir*, en *L’individuation...*), y en el eco de la cuestión del *azar* que retomaremos en seguida, varias razones existen para no reducir la apuesta de Simondon a una *aleatoriedad* de raíz lucreciano-epicúrea. Y es que sería *otra cosa* en rigor. Transducción y metaestabilidad, diferencia entre forma, formación y potencial, constituirían en su propia coherencia una clave de aproximación para poder comprender el sentido de una toma de distancia de Simondon, en primer lugar, de la teoría del *clinamen* (cosa que queda expresa desde las primeras páginas de *L’individuation...*). Por otra parte, una perspectiva de la cuestión de lo *aleatorio* como la de Vittorio Morfino en *Il tempo e l’occasione* (2002), por respecto a lo que denomina un “materialismo de la coyuntura”, aunque resulta allí extremadamente rica para aproximar una interpretación conjunta de Maquiavelo y Spinoza, se encuentra no obstante más lejos de Simondon de lo que quizá podría parecer (visto que puede dar para pensar en “metaestabilidad” toda vez que se está abandonando un sustancialismo relacional). Como señala allí Morfino, evocando a Maquiavelo: “...la fortuna no es, pues, la divinidad personificada que dirige los acontecimientos mundanos, sino la variación continua de los tiempos [los ritmos] al interior de la cual se producen siempre nuevos encuentros con la virtud y a partir de ahí, nuevas coyunturas”. Cf., V. Morfino; *Le Temps et l’Occasion*, Paris: Garnier, 2012, p. 74. Morfino, de hecho, en su texto “El *enjeu* Marx Freud. Lo transindividual entre Goldmann y Althusser” (incluido en este dossier), no dejando de reconocer la “proyección forzada de la categoría de ‘transindividual’ sobre la problemática althusseriana” de

Al entender Simondon en *Du mode...* que “[l]as funciones que implican una autorregulación son aquellas donde el cumplimiento de la tarea está dirigido no solamente por un modelo a copiar (según una finalidad), sino por el resultado parcial del cumplimiento de la tarea, interviniendo a título de condición”<sup>1</sup>, está apuntando al hecho de que un sistema de auto-

---

una “temporalidad plural”, va a mostrar a Althusser en el hilo de un pensamiento de lo transindividual, vale decir, según Morfino, de un pensamiento que establece “una línea de demarcación precisa respecto a la tradición intersubjetiva”, y donde se trata de “la imposible contemporaneidad de la estructura, el entrecruzamiento de los tiempos, de los ritmos, de las historias”. Sin embargo, aún cuando en un cierto nivel de generalidad no habría por qué no dar razón a Morfino sobre el punto señalado, querríamos sugerir que Simondon *marca una diferencia* respecto al modo de comprender el vínculo entre un plano “relacional” y lo que serían los potenciales energéticos por respecto a la constitución formal. Y esto porque se ha introducido la noción de “campo”, que es la que modifica el enfoque. A propósito, en la conferencia, “Forma, información y potenciales” (1960), apunta Simondon: “...faltaba una clave, en los análisis de los procesos de interacción, una noción que se pudiese tomar como paradigma, y esa noción solo apareció al final del siglo XIX, en la psicología de la forma: es la noción de *campo*, es un regalo hecho a las ciencias humanas por las ciencias de la naturaleza. Establece una reciprocidad de estatus ontológicos y de modalidades operatorias entre el todo y el elemento. En efecto, en un campo, sea cual sea, eléctrico, electromagnético, de gravedad, o de cualquier otra especie, el elemento posee dos estatus y cumple dos funciones: 1° en tanto que recibe la influencia del campo, está sometido a las fuerzas del campo; se encuentra en cierto punto del gradiente a través del cual se puede representar la repartición del campo; 2° interviene en el campo a título creador y activo, modificando las líneas de fuerza del campo y la repartición del gradiente; no se puede definir el gradiente de un campo sin definir lo que hay en tal punto”. Simondon pone el ejemplo de un pedazo de hierro no imantado que es introducido en un campo magnético que se produjese artificialmente por medio de la interacción de tres imanes. El trozo de hierro entonces, se imanta, “adquiere [dice Simondon] una existencia por relación” a dicho campo. “Se imanta en función del campo creado por los tres imanes previos, pero desde el momento en que se imanta, y por el hecho mismo de que se imanta, reacciona sobre la estructura de ese campo, y deviene ciudadano de la república del conjunto, como si fuera él mismo un imán *creador* de ese campo: tal es la *reciprocidad entre la función de totalidad y la función de elemento al interior del campo*”. Pero eso no es todo, pues si bien este constituiría un modelo de interacción riguroso para dar cuenta de un “*acoplamiento dinámico* entre los elementos” (como por ejemplo en el campo electromagnético), visto desde la psicología de la forma exhibe una limitación: y es que asumido allí que la percepción *en tanto campo* (“campo perceptivo” que, siguiendo ese énfasis, da cuenta tanto de los elementos que se encuentran en el campo como de aquello por lo cual los elementos se constituyen afectando la constitución del campo mismo), considera al “sujeto como siendo *en* el campo, por tanto como *realidad de campo*”, no obstante, enfatiza Simondon, “la estructura es considerada como el resultado de un estado de *equilibrio*”. Aquí es donde la teoría de la información adquiere incidencia, pues si la psicología de la forma piensa en una “buena forma” como la forma “más probable”, en la teoría de la información el estado estable es estado de degradación de la energía potencial, es decir, “*un estado de muerte... a partir del cual ya no es posible ninguna transformación sin intervención de una energía exterior al sistema degradado*”. Sería este, según Simondon, un “estado de no-funcionamiento”. La idea aquí es que si se toma un conjunto como sistema cerrado y en el caso de que sea afectado por una desorganización violenta de su coherencia interna, tendría que dirigirse (siendo la *probabilidad* mayor) hacia un estado estable, es decir degradado. Pero esto sería un contrasentido –que implicaría la desaparición de una estructura “de organización global– para una teoría que se quisiera explicativa no sólo de la estabilidad de un estado sino que *de forma*”. Simondon cree que tiene que haber otro tipo de explicación, y no tendría que ser ni arquetípica ni hylemórfica, pero tampoco *aleatoria*. “Parece por tanto [dice Simondon] que existe confusión entre la estabilidad de una forma *para el espíritu* (su poder de imponerse a la atención y de permanecer en la memoria), que se podría llamar la cualidad de una forma, y, de otra parte, la estabilidad de los *estados físicos*. Aquí, se manifiesta una insuficiencia característica en la teoría de la forma, puesto que *una evolución convergente no puede explicar una estabilidad de forma*; solo puede explicar una estabilidad *de estado*, y no la superioridad de una forma, que está hecha de *actividad* y de proyección, de *capacidad de iluminar dominios nuevos*. Es necesario pensar aquí en la forma arquetípica de Platón para evitar este error, porque la superioridad de la buena forma es lo que le da su *pregnancia*; es más bien *la permanencia de una metaestabilidad*”. En este sentido, en la teoría de la información no puede haber previsibilidad absoluta. Nos aproximamos a este punto en los tramos finales de esta Nota. Cf., “Forme, information et potentiels”, en *L’individuation à la lumière des notions de formes et d’information*, Paris: Jérôme Million, 2013, pp. 544 y ss.

<sup>1</sup> *Ibíd.*, p. 124, y 142 en la traducción.

regulación no es el tipo de máquina que “reemplaza” al viviente humano. Este tipo de *reemplazo* sólo es concebible cuando lo que se quiere restablecer es un *hilo directo* desde la operación artesanal a la del objeto técnico, donde el artesano precisamente es “a la vez motor de la herramienta y sujeto que percibe”, regulando “su acción según los resultados parciales instantáneos”. Pero si bien es cierto en la artesanía se da una regulación de la acción basada en una “toma de información”<sup>1</sup>, una vez que el artesano “ya no interviene como portador de herramientas”<sup>2</sup> queda en las sombras la operación técnica que realiza el funcionamiento, encubriéndose bajo la figura de “una estereotipia de gestos sucesivos según un condicionamiento predeterminado”<sup>3</sup>. Es decir, de lo que podría entenderse como una *máquina cerrada*. Esto, por dos motivos. Primero, porque es inevitable la alienación a la que conduce la reducción de la máquina al paradigma del trabajo en desmedro del funcionamiento<sup>4</sup>; y segundo, porque *el fin de la artesanía y el comienzo de la máquina* bajo la sobrepuja de dicha reducción está marcado por el modelo de una máquina calórica (termodinámica), es decir, donde lo que importa es la *fuerza motriz* y donde el canal energético no se distingue del canal de información<sup>5</sup>.

. En los motores térmicos –siguiendo a Simondon– un enfoque sobre las regulaciones (información) resulta ser demasiado auxiliar: la admisión y el escape por ejemplo, son automatismos que aseguran que la energía permanezca invariable, pero “incluso cuando [en estos motores] existe una auto-regulación, esta no posee canales de información diferentes de los efectores”<sup>6</sup>. A este respecto, sostiene Simondon:

Es natural entonces que la intervención del uso de los canales de información, diferentes de los canales energéticos en las máquinas, haya aportado una modificación muy profunda de la filosofía de las técnicas. Este acontecimiento ha sido condicionado por el desarrollo de los vehículos de información, y particularmente de corrientes débiles. Se nombra así a las corrientes eléctricas consideradas no como portadoras de energía sino como vehículos de información. La corriente eléctrica, como vehículo de información, no tiene otro equivalente más que las ondas hertzianas o un haz luminoso, que está incluso formado por ondas electromagnéticas como las ondas hertzianas: lo que la corriente eléctrica y las ondas electromagnéticas tienen en común es una extrema rapidez de transmisión y la capacidad de ser moduladas con precisión, sin inercia apreciable, tanto en frecuencia como en amplitud. Su capacidad de ser moduladas hace de ellas

<sup>1</sup> Cf., *ibíd.*

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 243, y 259 en la traducción.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 124, y 142 en la traducción. “Este primer tipo de máquina [agrega Simondon] es la que se puede denominar el ser mecánico sin auto-regulación”.

<sup>4</sup> Como señala Simondon, en la “Conclusión” a *Du mode...*, donde vuelve a aparecer con mucho énfasis la problemática de la *alienación*: “No se puede hablar del trabajo de una máquina, sino solamente de un funcionamiento, que es un conjunto ordenado de operaciones”. Cf., *ibíd.*, p. 244, y 260 en la traducción.

<sup>5</sup> Todo esto es lo que, como muestra Simondon, permitió la irrupción de una “filosofía tecnocrática”, de la cual el *saintsimonismo* sería su ejemplo y explicitación. “El siglo XIX [dice Simondon] sólo podía producir una filosofía tecnológica tecnocrática porque había descubierto los motores y no las regulaciones. Es la era de la termodinámica”. Cf., *ibíd.*, p. 128, y 145 en la traducción.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 128, y 146 en la traducción.

portadoras fieles de información, y su rapidez de transmisión, portadoras rápidas. *Lo que entonces se hace importante ya no es la potencia vehiculizada, sino la precisión y la fidelidad de la modulación transmitida por el canal de información.* Fuera de las amplitudes definidas por la termodinámica, aparece una nueva categoría de amplitudes que permite caracterizar los canales de información y compararlos entre ellos. Esta elaboración de nociones nuevas tiene un sentido para el pensamiento filosófico...<sup>1</sup>.

En efecto, Simondon se sitúa al nivel de esta modificación profunda, donde, entre otras cosas, el sentido mismo de lo que cabría entender como *precisión* ya no se basta con un modelo perceptivo cinestésico, lo que implica en cualquier caso que una “relación analógica entre la máquina y el hombre no está al nivel de los funcionamientos corporales”<sup>2</sup>, sino entre el funcionamiento mental y el funcionamiento de la máquina. *Pensar una máquina* sería pensar formas que funcionan. “Inventar es hacer funcionar el pensamiento como podría funcionar una máquina”, dice Simondon en *Du mode...* De hecho, el inventor de una máquina lo que aportaría es un “arquetipo de funcionamiento”, y las *variaciones* del funcionamiento de la máquina –lo que también lleva a *reinventarla*, a modificarla, a repararla– es lo que se traduce en información: *la variación de sus ritmos*. “El ruido de un motor [señala Simondon] no tiene en sí mismo valor de información; toma este valor por medio de su variación de ritmo, su cambio de frecuencia o de timbre, su alteración de los transitorios que traducen una modificación del funcionamiento en relación con el funcionamiento que resulta de la invención”<sup>3</sup>. En ese

<sup>1</sup> Ibid., pp. 129-130, y 147 en la traducción. El subrayado es nuestro.

<sup>2</sup> Ibid., p. 138, y 155 en la traducción.

<sup>3</sup> Ibid., p. 139, y 156 en la traducción. Con respecto a esto que parece plantearse como un dinamismo abierto, no habría que olvidar el hecho de que los objetos técnicos entran en relaciones mutuas en un universo de individuos técnicos. En efecto, en el texto “Nota complementaria sobre las consecuencias de la noción de individuación” (redactado en 1958 para ser incluido en las conclusiones de *L’individuation...* –lo cual finalmente no ocurre– con el título: “Nota complementaria: los fundamentos objetivos de lo transindividual”), señala Simondon: “...la consistencia propia de un ser técnico se constituye como una realidad en expansión en la continuidad temporal del universo técnico”. Y agrega un poco más adelante: “...podríamos hablar de una resonancia interna del universo técnico, en la cual cada ser técnico interviene efectivamente como condición de existencia real de otros seres técnicos; cada ser técnico es así como un microcosmos que contiene (*renferme*) en sus condiciones de existencia monádica un muy gran número de otros seres técnicos válidos”. Cf., G. Simondon, “Note complémentaire sur les conséquences de la notion d’individuation”, en *L’individuation à la lumière des notions de formes et d’information*, Paris: Jérôme Million, 2013, pp. 342-343. Así por ejemplo, en la música electrónica, la caja de ritmos, el computador Macintosh y los dispositivos de amplificación del sonido interactúan en el *Live set*. Incluso de esa interacción las máquinas se graduarán de modo diferente en cada nuevo intento al punto de llegar a perfeccionarse técnicamente: es lo que está de fondo en la *invención*, que para Simondon supone una “proliferación amplificante” proyectada hacia el porvenir. Cf., G. Simondon, *Imagination et invention*, Paris: Les Éditions de La Transparence, pp. 16-17. Desde este prisma “prospectivo” (que no es mera racionalización del porvenir) es que habría que comprender, siguiendo el ejemplo de la música electrónica contemporánea, el paso fundamental desde el sintetizador MOOG a la máquina de síntesis Roland TB-303: con esta máquina se hace posible modular la amplificación y la acentuación de las notas en una secuencia programable, de tal manera que se operan modificaciones al nivel del filtro resonante (vale decir de la selección de las señales eléctricas de acuerdo a sus frecuencias). Como ha señalado David Toop, se trata de “la música sin narrativa; la música como función; la música como un proceso técnico”. Cf., D. Toop, *Ocean of sound. Aether talk, ambient sound and imaginary worlds*, London: Serpent’s Tail, 1995, p. 39. A propósito, convendría volver sobre el trabajo del músico José Vicente Asuar, entre otras cosas fundador del primer laboratorio de música electrónica en América Latina, alrededor de 1958 en la Universidad Católica de Chile. En obras como *El computador virtuoso* (1973), Asuar parte por ahondar en

sentido, lo que se *interpreta* en la máquina son esas variaciones a escala de información en la misma medida en que éstas implican una auto-regulación que “encubre un cierto margen de indeterminación en su funcionamiento”<sup>1</sup>.

En su conferencia de 1960, “Forma, información y potenciales”, Simondon apunta que en “teoría de la información” (Shannon, Fischer, Hartley, Wiener, son las referencias que da), “la información corresponde a lo inverso de una probabilidad”<sup>2</sup>, toda vez que, dado un intercambio de información entre dos sistemas (emisor y receptor), debe tratarse de algo ni completamente previsible, ni determinado de antemano absolutamente. Según Simondon, “[c]uando estamos seguros del estado del objeto [del cual uno debe ser informado] hay información nula y no es necesario hacer pasar un mensaje: es lo mismo que no enviar ninguno. Si se envía un mensaje, si se procura uno, es porque el estado del objeto no es conocido”<sup>3</sup>.

---

las implicancias de la generación de sonidos “por oscilaciones eléctricas”. Ahora bien, a propósito de lo que sería una neotenia *implicada* en el objeto técnico (un estado de “génesis perpetua”), en el texto “Psicosociología de la tecnicidad” (1960-61), Simondon señala: “El objeto técnico abierto es neoténico, está siempre, en cierta medida, en estado de construcción, según el modelo de un organismo en vía de crecimiento. Por esta razón, el objeto técnico abierto está dotado de un poder de permanencia más grande que el objeto cerrado. Una locomotora tiene una más larga ‘vida útil’ que un automóvil, porque la locomotora está hecha para ser sometida periódicamente a revisiones; es desmontable y reparable pieza por pieza, como si se mantuviera en estado de génesis permanente. En la misma medida, ella es *fanerotécnica* y no *criptotécnica*”. Cf., G. Simondon, “Psychosociologie de la technicité”, en *Sur la technique*, Paris: PUF, 2014, p. 61. De otra parte, esta alusión al φανερός (a lo visible o lo mostrable), tiene que ver precisamente con la apertura de la máquina. Se juega en esto un cierto plano “estetizante”, o más bien dicho *criptotécnico*, que tiende a ocultar el “interior” de los objetos técnicos por razones que no son propiamente técnicas. Simondon pone el ejemplo de las modificaciones en el chasis de los automóviles, que no obedecen siempre a mejoras en el funcionamiento sino a criterios ornamentales. Esto implica también un nivel “tecnofánico” en el que aquí no podemos ingresar pero que arrastra la elevación del objeto técnico a símbolo cultural. Pero aun cuando la “fanerotecnica” no está libre de estetización (por ejemplo, una placa transparente en una unidad de procesamiento de un computador (CPU) que deja ver el cableado y los circuitos iluminándolos con luces de colores que emulan la intensidad eléctrica, no se ha fabricado para enfriar la fuente de poder o por criterios que maximicen la funcionalidad del aparato), a ese nivel se suscita una apertura –a diferencia del nivel *criptotécnico*– en que las decisiones técnicas pueden adquirir relevancia en el proceso de invención. Para Simondon, quien mejor plasma esto es el arquitecto Le Corbusier. Por otro lado, a propósito del componente “neoténico” (desarrollo incoativo, dilatación de una fase más precoz en la extensión misma de la siguiente), se podría decir con Simondon en *L’individuation...*, que a propósito de la *vida* de lo viviente, desde el punto de vista neoténico, “*vivir es perpetuar un permanente nacimiento relativo*”. Cf. Simondon, *L’individuation à la lumière des notions de formes et d’information*, ed. cit., p. 282. A propósito de esta referencia precisa a la neotenia en *L’individuation*, véase el texto de Cristóbal Durán, “Simondon, ¿una ontología relacional?”, incluido en este dossier.

<sup>1</sup> Ibid.

<sup>2</sup> “Forme, information et potentiels”, op. cit., p. 548.

<sup>3</sup> Ibid. De otra parte, en un bellissimo texto titulado: “Le coup de dés de Stéphane Mallarmé et le message” (*Les Études philosophiques*, No. 4 - Octubre/Diciembre 1958), Jean Hyppolite sigue ahí también la teoría de la información de Wiener para emprender una lectura del azar mallarmeano. Hablará de una condición “aporética” del mensaje, que debe contradecir al azar siendo él mismo imprevisible. “Mallarmé piensa en las disposiciones tipográficas de los periódicos que acentúan o pierden las informaciones y por así decir las modulan. Promueve la lucha con el azar, tanto en la concepción como en la interpretación posible que el texto implica virtualmente. Hace falta a la vez la forma en su regularidad y la originalidad en su imprevisibilidad, síntesis sin duda imposible de los dos órdenes bergsonianos... Aporía platónica si se quiere, no podemos conocer sino reconociendo, y todo lo *a posteriori* se funda en la forma de lo *a priori*, ya no hay mensaje. Inversamente, todo aporte cuya originalidad fuese completa haría desaparecer la posibilidad misma de una recepción. Pero lo que guía a Mallarmé es la meditación de esta aporía sobre el plan mismo del mensaje. La obra no puede liberarse de su transmisión y de su recepción que es como su resonancia interna, debe contener en ella la forma de la originalidad, de ahí esta

En la medida en que con la máquina ya no se trata sólo de una vehiculización de energía térmica, de “fuentes de energía”, del rendimiento de acuerdo a la potencia (todo lo que llega con la termodinámica), es preciso pensar “nuevas formas de energía, para las cuales el rendimiento ya no aumenta de manera apreciable en la potencia de la instalación, sea en la

extrañeza aparente que la hace misteriosa a fuerza de inteligibilidad acumulada, e inteligibilidad a fuerza de misterio, de disparidad (*disparité*) y de heterogeneidad en el corazón de la forma; es una forma que se inventa ella misma y debe inventarse descubriéndose (*en se réperant*) ella misma como forma, azar que se hace necesidad aboliéndose él mismo como azar” (pp. 465-466). Esto no está lejos de lo que cree Simondon acerca de la información, pero donde este último quizá separaría aguas con Hyppolite sería en reducir el mensaje a su “eficacia” con respecto a su “utilización posible” en el sentido de la cibernética, cuestión que de hecho sostiene Hyppolite. Por nuestra parte, a instancias de la editorial chilena Doble Ciencia, nos encontramos en la redacción de un libro sobre el pensamiento del poeta Vicente Huidobro –*Patética del acierto. Vicente Huidobro y el mecanismo*–, que explicita de una manera radical el problema invención/información a propósito de una idea de máquina que, entre otras cosas, ha abandonado el esquema termodinámico y el modelo perceptivo cinestésico. Sobre la invención, que es nuestro tema en ese libro, seguimos a Simondon cuando, intentando recuperar la carga patética implicada en la reinstalación por parte del artifice de las significaciones latentes de un objeto técnico, protésico (p.e. vestimenta) o en una obra de arte, señala que “[e]l análisis estético y el análisis técnico van en la dirección de la invención, puesto que efectúan un redescubrimiento del sentido de estos objetos-imágenes percibiéndolos como organismos, y suscitando nuevamente su plenitud imaginal de realidad inventada y producida”. Cf., Simondon, *Imagination et invention*, p. 14. Esta recurrencia, que mucho tiene que ver con el porvenir, no es, según Simondon, la racionalización de la previsión a largo plazo –la *racionalización del porvenir* en rigor, en cuanto *anticipación*– característica del siglo XX, la “prospectiva” (y del presente siglo habría que agregar). Esta implica, de hecho, una destitución de una “carga afectiva y emotiva” que se pierde con el *adelanto* que tiene al cálculo por único basamento. “Lo que falta a la prospectiva –dice Simondon– para ser una anticipación real, es ese poder cualitativo, esa *physis* que da al porvenir su verdadera dimensión como desarrollo en curso. Para prever, no se trata solamente de ver sino también de inventar y de vivir: la verdadera previsión es en cierta medida *praxis*, tendencia al desarrollo del acto ya comenzado”. *Ibid.*, p. 17. No habría que olvidar por otra parte, que el énfasis de Simondon en la concretización objetual de las imágenes *mentales* (una “imagen” es algo que “se materializa” y que oficia de “intermediaria entre lo abstracto y lo concreto”, y por tanto “no es sólo mental”) es lo que vuelve coherente atribuirle un “dinamismo genético análogo al de un órgano o sistema de órganos en vía de crecimiento”. *Ibid.*, p. 18. El organismo ahí es concebido neoténicamente, no simplemente como algo constituido, sino como aquello que resiste a la obsolescencia en la medida en que es susceptible de cambios de organización, de “mutaciones sucesivas” que modifican una trama de relaciones. Dado que todo esto es dicho de las imágenes, Simondon sostiene que “[l]a invención podría ser entonces considerada como un cambio de organización del sistema de las imágenes adultas que conducen la imagen mental, mediante un cambio de nivel, a un nuevo estado de imágenes libres que permiten recomenzar una génesis: la invención sería un renacimiento del ciclo de las imágenes, que permite abordar el medio con nuevas anticipaciones de donde saldrán adaptaciones que no habían sido posibles con las anticipaciones primitivas, y luego una nueva sistemática interna y simbólica”. *Ibid.*, p. 19. El poeta Vicente Huidobro ha de hecho desarrollado un pensamiento muy similar desde el punto de vista de las *regulaciones* del objeto creado de la que mal puede dar cuenta un enfoque sobre los *usos* lingüísticos. Para poder calibrar lo que se encuentra en juego en dicha *apuesta*, el encuadre histórico-literario expresado en el término “creacionismo” nos parece debe ser vuelto a pensar. Como planteamos en el libro ya mencionado, dicha terminología debe encaminarse a una ampliación por medio de la idea de una *teoría de la invención*. Esta explicitación del pensamiento de Huidobro implica consideraciones acerca del *modo de existencia* de los objetos inventados por el artifice, y ante ese desafío, por cierto, un análisis lingüístico, y sobre todo, fonológico, resulta insuficiente. Se trata de una explicitación que desde la publicación del libro del poeta donde dicha teoría, en efecto, irrumpe: *El espejo de agua* (1916), ha permanecido un tanto anonadada por un tipo de análisis que comprende la invención en un sentido *restringido*. Óscar Hahn por ejemplo, en su libro *Vicente Huidobro o el atentado celeste* (1995) reconoce que un espejo donde los cisnes se ahogan tendría que comprenderse como un “objeto ajeno a las leyes de la física, [siendo] en sí mismo una realidad autónoma y cambiante que funciona de manera independiente”. Aunque Hahn hace alusión a una funcionalidad “independiente” de un objeto que se produce por “acoplamiento”, este último queda remitido a la variación o al trastoque de una unidad “lógica”, y la independencia funcional, por efecto de conjunto, no alcanza a abarcar la invención a un nivel regulativo: queda en las sombras el problema de las regulaciones al nivel del objeto creado, siguiendo a Simondon, su *eternidad virtual*: el “*non omnis moriar*” [yo no moriré por entero] del poeta. De otra parte, la teoría de la imaginación de Simondon es preciso sea calibrada en su raigambre bachelardiana. “Queremos siempre [dice Bachelard de entrada en *El aire y los sueños*] que la imaginación sea la facultad de *formar* imágenes. Y es más bien la facultad de *deformar* las imágenes suministradas a la percepción... de librarnos de las imágenes primeras, de *cambiar* las imágenes”. Cf. Gaston Bachelard, *El aire y los sueños. Ensayo sobre la imaginación del movimiento*, Bogotá: FCE, 1993, p. 9. Y digamos que será esta también la posición de Huidobro respecto a la imaginación. Sobre la relación entre análisis estético y análisis técnico en Simondon, véase en este mismo dossier el trabajo de Ludovic Duhem, “Simondon y la cuestión estética”.

producción o en la utilización”<sup>1</sup>. Pues una máquina pensada como puramente moviente (un análogo de la fuerza del cuerpo vivo) se cierra en una única función: maximizar el rendimiento a mayor cantidad de energía transportada. Sin embargo, la invención de un objeto técnico podría entenderse como una *realidad en expansión* que es suscitada por un germen de pensamiento. Dicho por Simondon: “[l]a máquina es un gesto humano depositado... Perpetua en una actividad determinada la operación humana que lo ha constituido... pasaje, a través de la construcción, de un cierto funcionamiento mental a un funcionamiento físico... Entre el hombre que inventa y la máquina que funciona existe una relación de isodinamismo, más esencial que la que los psicólogos de la Forma habían imaginado para explicar la percepción, nombrándola isomorfismo”<sup>2</sup>, estableciendo una analogía entre mundo físico y mundo psíquico.

En el texto “Prolegómenos a una revisión de la enseñanza” (1954), Simondon pone el ejemplo de una línea de ferrocarril frente a una línea eléctrica: en la primera cada nueva estación supone una pérdida de tiempo respecto al trayecto completo; en la segunda, una conexión más no implica ninguna detención en la distribución de la energía. Y agrega: “[u]n cambio en la morfología de los intercambios energéticos estaría incompleta sin un cambio correlativo en la morfología de los cambios *de información*: lo que las corrientes industriales hacen en la morfología energética, las corrientes débiles y los campos electromagnéticos lo hacen en la morfología de la información”<sup>3</sup>. Así por ejemplo, el traspaso del código en la carta postal implica un transporte material dependiente de la termodinámica: si el mensaje llega a destino es por aumento del rendimiento energético que supone el desplazamiento del soporte, y si se pierde, no es por la naturaleza del código sino por aumento de la entropía<sup>4</sup>. No ocurrirá lo mismo en la telefonía, donde al ser la información lo que transmite el canal energético y no sólo la potencia, sería lo contrario de los procesos de *degradación* que se caracterizan por tender hacia la mayor estabilidad energética<sup>5</sup>.

Lo que Simondon denomina el “ser técnico” es un objeto *entregado a la comprensión*. Por muy poco integrado que esté en una comunidad, “exige un tipo de percepción y de conceptualización que apunta a comprender el ser técnico recreándolo, el ser técnico existe... como un germen de pensamiento, ocultando (*recélant*) una normatividad que se extiende más allá de él mismo”<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Cf., G. Simondon, « Prolégomènes à une refonte de l’enseignement » (1954), en *Sur la technique*, Paris: PUF, 2014, p. 235.

<sup>2</sup> *Du mode...*, p. 138, y 155 en la traducción.

<sup>3</sup> « Prolégomènes à une refonte de l’enseignement », op. cit., p. 236.

<sup>4</sup> Aquí se ponen en juego los conceptos de “entropía” y “entropía negativa” o “neguentropía”, frecuentemente aludidos en *L’individuation...*

<sup>5</sup> A propósito, véase la nota 7, pp. 15-16 de la presente Nota. De otra parte, el trasfondo de estas cuestiones nos permite reevaluar, en un trabajo en curso, los alcances de la cuestión de lo postal en el libro *La carte postale* (1980), de Jacques Derrida. Nuestra ambición es entender allí la energética en la dimensión de un *pathos*.

<sup>6</sup> “Note complémentaire sur les conséquences de la notion d’individuation”, op.cit., p. 342. El subrayado es nuestro. Es por todos estos motivos que para Simondon, y porque “los seres humanos comunican a través de lo que inventan”, que el objeto técnico sería “soporte” y “símbolo” de lo *transindividual*. A propósito de esto, en la segunda parte del libro *Le geste et la parole* (1965), titulada: “La memoria y los ritmos”, el antropólogo André Leroi-Gourhan vuelve sobre una idea que sin duda ha tenido influjo sobre Simondon. “El hombre es hombre [dice Leroi-Gourhan] solamente en la medida en la cual él existe entre sus semejantes y lleva el ropaje de los símbolos de su razón de ser”. Cf., A. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, Caracas: Ediciones de la Biblioteca, 1975, p. 303.

No obstante, dicho tipo de percepción tendría que poder medirse con el valor antagónico que Simondon atribuye a la información: aquello que “puede ser infinitamente variado”. Un amplificador fiel en la transmisión de información no implica la asignación de ninguna regularidad estereotipada, ninguna periodización predeterminada de las frecuencias a transmitir. Y sin embargo, la información, en un sentido completamente diferente pero necesario, “debe estar por encima del nivel de los fenómenos del puro azar, como el ruido blanco de la agitación térmica”<sup>1</sup>.

La transmisión de información exigiría entonces “condiciones opuestas”. La información posee, según Simondon, atributos comunes “con los fenómenos puramente contingentes, sin ley”, pero, inversamente, si es posible por ejemplo distinguir la información del ruido, es porque “se le puede asignar un cierto código, una uniformización relativa... se opera una reducción del margen de indeterminación y de imprevisibilidad de las señales de información... la información [concluye Simondon] es como el acontecimiento del azar, pero sin embargo se distingue de él”<sup>2</sup>.

Habría que decir –en virtud de dar un provisional punto y aparte– que no parece para nada sencillo pasar desde el individuo técnico a otras formas de organización formal, de tipo orgánico, arrastrando de acá para allá los conceptos de “transducción” y “metaestabilidad”, o viceversa... y así también el de información. Es preciso tener muy en cuenta los matices. En *Du mode...*, Simondon muestra que si bien es cierto “la relación del hombre con las máquinas se realiza en el nivel de las relaciones de transducción” y que lo viviente puede ser concebido de hecho como transductor, “los transductores mecánicos son sistemas que tienen un margen de indeterminación”, siendo la información “lo que aporta la determinación”. Pero por esa misma razón se vuelve necesario “que se suministre esta información al transductor; éste no la inventa”<sup>3</sup>. De hecho, siguiendo a Simondon, lo viviente es susceptible de suministrarse a sí mismo una información, inclusive si no interviene la percepción, “porque posee la capacidad de modificar las formas de los problemas a resolver; para la máquina, no hay problemas, sino solamente datos que modulan a los transductores”<sup>4</sup>.

Queda la pregunta de si acaso lo que Simondon denomina “tensión de información” en el texto “Forma, información y potenciales”, podría entenderse como formulación similar al problema del margen de indeterminación.

---

Hay que decir también que las ideas de Leroi-Gourhan interesaron mucho a Derrida en *De la grammatologie* (1967), y con posterioridad a Stiegler de manera más recurrente. Quepa mencionar que en el cruce entre Leroi-Gourhan, Simondon y Derrida, buena parte de la filosofía de Stiegler ha encontrado asidero.

<sup>1</sup> *Du mode...*, pp. 134-135, y 151-152 en la traducción.

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp- 135-135, y 152-153 en la traducción.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 144, y 160 en la traducción.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 144, y 161 en la traducción. De ahí también que lo que Simondon llama “conjuntos técnicos” pueda definirse como una “relación entre los objetos técnicos en el nivel del margen de indeterminación del funcionamiento de cada objeto técnico... [que] pone en correlación indeterminaciones, de tipo problemático, y no puede, por la misma razón, ser asumida por los mismos objetos”.

La tensión de información [dice allí Simondon] sería la propiedad que posee un esquema de estructurar un dominio, de *propagarse* a través de él, de *ordenarlo*. Pero la tensión de información no puede actuar sola: no aporta con ella toda la energía capaz de asegurar la transformación; aporta solamente esta tensión de información, es decir, cierta disposición capaz de modular energías mucho más considerables, dispuestas en el dominio que va a recibir la forma, que va a adquirir una estructura... Este tipo particular de relación que existe entre la tensión de información *del germen estructural y el dominio informable, metaestable*, que encierra una energía potencial, hace de la operación de la adquisición de forma una *modulación*: la forma es comparable a la señal que comanda un relé sin añadir energía al trabajo del efector. Sin embargo, estructuras comparables a los moduladores técnicos son mucho más raras que los dominios en los que se erigen procesos de adquisición de forma<sup>1</sup>.

Como ha mostrado Stiegler, existe una complejidad en el hecho de que Simondon habiendo hablado de “individuo técnico” no se ha referido a “individuación técnica” de un modo explícito<sup>2</sup>. Sin embargo, la cuestión del *margen de indeterminación* podría constituir una clave de interpretación de esa misma dificultad que, del hilo del concepto de información, y más enfáticamente de la idea de una “tensión de información”, pareciera recorrer la obra de Simondon de lado a lado.

\*\*\*

En nombre de la revista *Demarcaciones*, valga la manifestación de un reconocimiento agradecido a quienes aquí colaboraron, sea con *textos*, sea con *traducciones*.

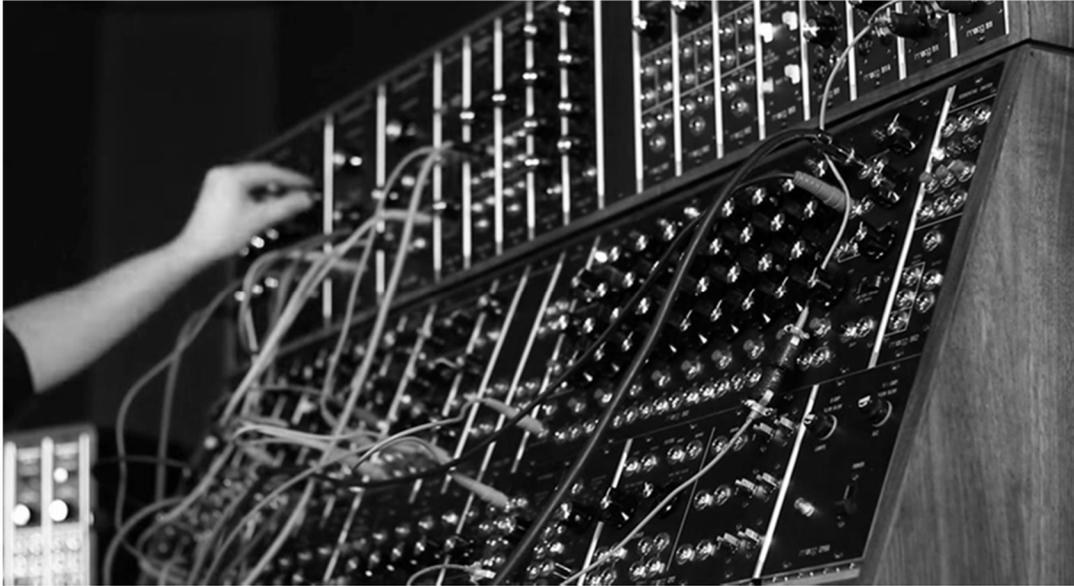
Hágase extensivo éste a los editores, por la iniciativa respecto a un tema y por haberme permitido contribuir en su puesta a punto. Y a Ernesto Feuerhake, por su lúcida y constante colaboración.

ZETO BÓRQUEZ

---

<sup>1</sup> “Forme, information et potentiels”, op. cit., p. 550. Sobre el dispositivo del “relé” o “relevador de control”, véase en este mismo dossier el texto de Simondon, *La mentalidad técnica*.

<sup>2</sup> A propósito, véase el texto (ya mencionado más arriba), “Caída y elevación. La apolítica de Simondon”, incluido en este dossier.



*Sintetizador modular MOOG-55*

## S U P L E M E N T O

*La patética del acierto.*

**Acierto**, acoplamiento *preciso* de un desorden estructural. *Encuentro* de lo que todavía está en curso de cumplirse. Teoría de la máquina. Variación de ritmo. Azar neoténico. Margen de indeterminación, tensión de información. *Patética*.